

La suprema expresión de amor¹

Una intervención desafortunada

1. La semana pasada considerábamos la luminosa respuesta que san Pedro dio a la pregunta de Jesús: *¿Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?* El principal entre los apóstoles, lleno de una seguridad que le viene de lo alto afirma: *Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo*. A Jesús le complace muy hondamente esta respuesta y aprovecha la circunstancia para confiarle nada menos que *las llaves del Reino de los cielos*.

No sabemos bien cuánto tiempo después de ese diálogo ocurrido en Cesarea de Filipo, tiene lugar el pasaje que ahora nos propone la liturgia. Lo cierto es que en el evangelio de Mateo viene a continuación, en el mismo capítulo 16. Y representa una situación muy diversa. El Señor ve oportuno ir preparando a sus discípulos más íntimos para lo que ha de venir y que es la razón misma de su presencia en la tierra. La pasión y muerte y, tras ellas, la gloriosa resurrección. En definitiva, el camino establecido por la Providencia para nuestra salvación. Y si antes Pedro había dado en el clavo con unas palabras que por su belleza y perfección solo podían venir del Padre Eterno, ahora el apóstol habla por él mismo y se equivoca por completo.

Pedro –acabamos de escuchar– se lo llevó aparte y trató de disuadirlo, diciéndole: “No lo permita Dios, Señor. Eso no te puede suceder a ti”². Sin duda con la mejor intención y desconcertado por la sola hipótesis del fracaso que había anunciado Jesús, trata ingenuamente de apartarlo del camino establecido por el Padre, la senda de nuestra redención. Así, es comprensible la fuerte reprimenda que se llevó de parte del Señor. Para Pedro –como seguramente también para los demás discípulos cercanos– Cristo, el Mesías, tenía que establecer un exitoso reinado temporal, ante el que no podrían oponerse sus enemigos de cualquier tipo que fuesen.

El misterio de la Cruz

2. Tendría que pasar tiempo para que la reflexión cristiana pudiera ofrecer una adecuada presentación de este insondable misterio. *La Cruz* –enseñaba san Juan Pablo II– *es la suprema revelación del misterio del Verbo encarnado, perfectus Deus, perfectus homo* (cfr. Símbolo Quicumque). *En su amor inefable, Cristo crucificado revela, de modo impresionante, la infinita misericordia del Padre hacia los hombres de toda época. La sabiduría de la Cruz es luz que ilumina el sentido de la existencia humana³*

Y, acto seguido, intuyendo que todos los discípulos necesitan una lección al respecto, dice Jesús: *El que quiera venir conmigo, que renuncie a sí mismo, que tome su cruz y me siga*. Hay tres elementos en estas palabras del Señor para aquellos primeros y,

¹ Homilía en el XII domingo del tiempo ordinario, ciclo A.

² Evangelio, Mateo 16, 21-27.

³ San Juan Pablo II, *Discurso a la Pontificia Universidad de la Santa Cruz, 25-V-1999*.

naturalmente, para todos nosotros, sobre los que quisiera llamar la atención de ustedes esta tarde:

El primero: *que renuncie a sí mismo*. Muchas veces insistió Cristo en esta dimensión de su mensaje. El discípulo como el Maestro ha de servir a los demás, no ser servido por ellos. La tradición cristiana ha plasmado esta dimensión en las famosas palabras de san Juan de la Cruz: *pierde si quieres ganar. Baja si quieres subir. Sufre si quieres gozar. Muere si quieres vivir*. No hay otro camino.

El segundo elemento: *que tome su cruz*. No se trata, evidentemente, de sufrir por sufrir. De abrazar ese instrumento terrible de castigo que habían adaptado los romanos del antiguo oriente para sancionar a los peores criminales. Lo que Cristo pide es un camino de amor. Es tomar *cada día* la decisión de acompañarlo con el cumplimiento del propio deber, aunque muchas veces, tal vez la mayor parte, implique una renuncia personal y un auténtico sacrificio. ***¿Con qué amor se abraza Jesús al leño que ha de darle muerte! ¿No es verdad –reflexionaba san Josemaría- que en cuanto dejas de tener miedo a la Cruz, a eso que la gente llama cruz, cuando pones tu voluntad en aceptar la Voluntad divina, eres feliz, y se pasan todas las preocupaciones, los sufrimientos físicos y morales?***

Puede ser esta una consideración que nos ayude a acometer, a lo largo de la vida, tantas cosas incómodas o ingratas que a cada uno nos corresponde hacer. Una corrección a quien lo necesita, un trabajo aburrido y engorroso que se está retrasando demasiado, una importante gestión en la que muy probablemente salgamos *raspados*. Ante estas situaciones y otras parecidas una breve consideración: ***¿Lo quieres, Señor?... ¡Yo también lo quiero!***⁴.

Nada como estar con Cristo

3. Y, por último, el tercero: *y que me siga*. Si de verdad amamos a Jesucristo nada puede ser comparable a estar junto a Él. Aun cuando, como es el caso, esto implique compartir su Cruz. Hace tiempo pude ver una versión, ligeramente editada, de la gran película de James Cameron, *Titanic*. Me viene a la memoria una breve escena. Después de incontables contrariedades, Jack, el protagonista masculino (Leonardo di Caprio) consigue un lugar para su amada Rose (Kate Winslet) en una de las pocas lanchas de salvamento disponibles. Ella, muy a su pesar, aborda la lancha y, apenas iniciado el descenso, al activarse las poleas, con un ágil y rápido movimiento baja y se reencuentra con su novio. Prefiere, evidentemente, estar con él en una situación riesgosa a estar sí, segura y salvada, pero sola. Quien no haya vivido una situación similar, difícilmente sabe lo que es el amor.

Estar con Cristo es problemático, implica sufrimiento y peligro, pero el triunfo final está garantizado. Y, con él, una alegría incontenible tanto en esta vida como en la eterna: *Lux in Cruce, gaudium in Cruce, requies in Cruce*, le gustaba decir también a san Josemaría: luz, gozo y descanso, profunda paz, es lo que nos da la unión con Cristo en la Cruz.

⁴ San Josemaría, *Camino* n. 762.

Que la Virgen Dolorosa nos comparta un poco de la imponente fortaleza que manifestó en la cima del Calvario.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 30 de agosto de 2020